



LA LUCHA DENTRO DE LA REVOLUCION.

CUANDO el señor Carranza llegó a Sonora, en el mes de septiembre de 1913, la división entre los elementos revolucionarios de ese Estado estaba bien marcada. A raíz de los acontecimientos de febrero, el gobernador don José María Maytorena le dirigió un mensaje a Huatabampo al teniente coronel Obregón, para que se presentara a la mayor brevedad posible en Hermosillo, con todos sus elementos, a recibir órdenes, en vista de los sucesos que se acababan de registrar en la capital de la República. El teniente coronel Obregón abedeció al llamado inmediatamente, y unas cuantas horas des-

pués se presentó con un puñado de soldados mayos frente al Palacio del Gobierno de Hermosillo.

Entretanto, el gobernador de Sonora, que era popularísimo en ese Estado, comenzó a ser requerido por todos los elementos maderistas para que se enfrentara al gobierno de Victoriano Huerta. El señor Maytorena expresó que estaba enfermo, y que, por lo mismo, no estaba en condiciones de luchar en contra de un enemigo poderoso. Pretendió entonces renunciar su alta investidura, ganada en honrosa lid casi por aclamación. El Congreso local se opuso a esa renuncia, y solamente le concedió una licencia de seis meses para que fuera a los Estados Unidos a atender su salud, y en su lugar, fué designado el general Ignacio L. Pesqueira, gobernador de Sonora. Desde ese momento comenzó la lucha en ese Estado contra el ejército de Victoriano Huerta. El gobernador Pesqueira nombró al teniente coronel Obregón para que se pusiera al frente de las tropas constitucionalistas, y en seguida inició su campaña en el norte de ese Estado. Ocupó primero la plaza de Nogales. Después de Nogales, Naco, y después de Naco, Cananea. La

campana fué rápida y brillante. En el norte de Sonora no quedaba ya un soldado huertista. Había que emprender entonces la campana hacia el sur, para impedir que el ejército enemigo se apoderara de Hermosillo, y más tarde de las plazas conquistadas en el norte con tantos sacrificios.

Con la batalla de Santa Rosa, primero, y la de Santa María, después, se dió por terminada la campana militar de Sonora. Pero entonces se plantea una grave situación política. El gobernador Maytorena manifiesta, al terminar el plazo de su licencia, que está ya en aptitudes de desempeñar nuevamente su elevado cargo, a cuyo efecto había hablado ya con el Primer Jefe del Ejército Constitucionalista en el norte de Coahuila, y estaba anuente a ello. Los principales jefes militares de Sonora no se oponían a que volviera el señor Maytorena al gobierno de ese Estado. Pero no solamente no se oponían, sino que lo vieron hasta con agrado. Entre ellos, Obregón y Hill, que manifestaron sus opiniones favorables. Principalmente Obregón, siempre tan susceptible, se hallaba un poco lastimado con el general Pesqueira, porque éste pretendió, después de la

batalla de Santa María, mandarlo a Chihuahua para que combatiera al lado de Villa a los soldados huertistas. El general Obregón tampoco vió con agrado que, a la sombra del gobernador Pesqueira, adquirieran cierta preponderancia Alvarado, Cabral y Bracamontes. Se citó a una junta en Nogales a mediados del mes de julio de 1913, para resolver el problema político de Sonora.

En esa junta de Nogales se dijo que nadie podía oponerse al regreso del señor Maytorena. El general Obregón expresó que el Ejército Constitucionalista le prestaría todo su apoyo al gobernador legítimo de ese Estado. Que él no podía hacer otra cosa. Después de esa junta, regresó el señor Maytorena a Hermosillo, donde se le hizo una gran recepción. Desde ese momento se iniciaba otra faz de esa lucha política. El jefe de las fuerzas de Sonora y el gobernador del Estado no caminaron de acuerdo. Había, pues, que esperar el arribo del señor Carranza, que viajaba en esos momentos rumbo a Sonora, para que solucionara esas dificultades, dificultades que más tarde tuvieron una inmensa repercusión en toda la República. El día 17 de septiembre de 1913 llegó a Hermo-

sillo el Primer Jefe de la Revolución, y desde un balcón del Palacio de Gobierno le hizo saber al pueblo que el general Alvaro Obregón era desde ese momento el jefe del Cuerpo de Ejército del Noroeste. Parece ser que ese nombramiento disgustó profundamente al señor Maytorena. Pero nada le dijo al señor Carranza. Así transcurrieron varios meses. Pero cada día se acentuaba más la división entre el gobernador Maytorena y el general Obregón. La presencia del general Angeles vino a exacerbar más las dificultades que tuvieron después tan graves consecuencias para el país y para el movimiento constitucionalista.

El Primer Jefe observaba con toda atención aquella lucha sorda, terrible, enconada. Nunca externaba su opinión. Pero en la Navidad de 1913 le hizo hablar el señor Maytorena. El gobernador de Sonora había invitado a cenar al Primer Jefe, junto con un grupo numeroso de amigos. La cena había transcurrido en medio de la mayor alegría y cordialidad. Poco antes de terminar, el señor Maytorena comenzó a hablar acerca de los méritos militares de Obregón y de Alvarado, con quien ya se había distanciado también.

El señor Carranza escuchaba y observaba con toda atención al gobernador de Sonora, y, de cuando en cuando, se levantaba los anteojos sobre la frente, con aquella manera tan peculiar suya, para ver o contemplar mejor. Tranquilo, reposado, nada decía. Pero cuando el señor Maytorena expresó golpeando un poco la voz y recalcando sus intenciones: "No valen nada. Déme usted su autorización, y les mandaré quitar los tecolotes—las águilas—que ostentan en sus gorras, para llevarlos dentro de un saco al otro lado de la línea divisoria," entonces el señor Carranza contestó que de ninguna manera podía dar esa autorización; que los dos militares habían prestado buenos servicios a la causa revolucionaria, y que, por lo tanto, eran acreedores al respeto y a la consideración de todos.

No habría sido de resultados tan funestos esa división, si no traspasa los límites de Sonora. Pero desgraciadamente encontró eco en las huestes villistas, que en esos momentos habían alcanzado en Chihuahua triunfos importantes sobre el enemigo, a tal grado que los soldados constitucionales casi dominaban por completo ese Estado. Se habían apoderado va de Ciu-

dad Juárez, de la capital de Chihuahua y triunfaron ruidosamente en el trascendental y heroico combate de Tierra Blanca. A los federales no les quedaba más reducto que Ojinaga, reducto que no tardarían en perder. La figura de Villa adquirió más relieve. Las voces de discordia de Sonora tuvieron eco en Chihuahua. Todos los descontentos, o todos aquellos que no fueron, por diversos motivos, bien acogidos por el señor Carranza, tuvieron amparo y protección bajo la bandera villista, y comenzaron su labor política, abiertamente, sin ocultárselo a nadie, y muchas veces hasta censurando en declaraciones publicadas en la prensa extranjera la actitud del señor Carranza. Esto ahondó más las escisiones. ¿Pero qué hacer? ¿Qué medidas políticas se tomarían para impedir que esos bandos formados dentro de la misma revolución rompieran las hostilidades, cuando aún no se había triunfado? Pero aún después de haber triunfado, era inconveniente y antipatriótico no impedir la lucha entre elementos que se cobijaban bajo una misma bandera, que perseguían idénticos ideales, que defendían los mismos principios, que tremolaban la fas-

cinante divisa que un día hizo concebir a la nación mexicana ideas de libertad y de justicia.

La lucha para acabar con Huerta era terrible y sangrienta. Más sangrienta y terrible sería aún la lucha entre las dos facciones en que se había dividido la Revolución. Medida política no se tomó ninguna por el señor Carranza para evitar la ruptura de hostilidades. En los momentos en que la Revolución triunfante tocaba las puertas de la capital de la República, estalla la guerra mundial. Este acontecimiento trascendental contribuyó poderosamente en el nuevo derrotero señalado por sus jefes al movimiento constitucionalista.

Pero hasta ese acontecimiento redundaba indirectamente en la nueva lucha que se iba a iniciar dentro de la misma Revolución. Para evitar la lucha, un bando pedía que saliera del país Francisco Villa; el otro, que saliera el señor Carranza. La personalidad del general Obregón no se discutía en esos momentos. Sin embargo, fué el que dió muestras de más desinterés y abnegación en esos críticos instantes. "Favor de decirles al Primer Jefe y a Francisco Villa que, si ellos quieren que

S E N D E R O S

yo salga también del país—nos dijo,—con todo gusto saldré, para detener el avance de las tropas villistas sobre la capital de la República”. Pero ya era tarde. Ni el señor Carranza ni Villa cedieron en su actitud. La división iniciada en Sonora pronto tendría su desenlace, desenlace perjudicial de todos modos para la Revolución y para el país.